

¿Hacia una nueva definición de persona?

Los nuevos retos surgidos de la biotecnología médica obligan a replantear conceptos tan relevantes para la ética como los de persona, dignidad, cuerpo, naturaleza, arteficio, etc. La posibilidad real de los cyborg, contemplada antes sólo en los relatos de ciencia ficción, da una nueva vigencia al mito de Frankenstein y obliga a replantear los límites de lo humano. Ante los avances de la biotecnología, parece necesario pensar de nuevo qué ha de entenderse por "persona" y cuál es su relación con el cuerpo. ¿Quién es el depositario de la dignidad? ¿La autoconciencia que se sabe a sí misma como sí misma a lo largo del tiempo? ¿El agente moral? ¿Puede pensarse que sólo es el cuerpo humano vivo quien cumple el concepto clásico de persona y, por tanto, el sujeto de la dignidad? Pero, entonces, qué significa y hasta donde llega el hablar de una dignidad corporal?

La respuesta a la vieja pregunta sobre “¿qué es el hombre?” está ligada a los modos en que delimitamos lo humano al trazar las fronteras de lo in-humano o lo casi-humano mediante las narraciones. Como quizá el lugar clásico de las mitologías está ocupado hoy por la literatura y el cine, forjadores de los mitos contemporáneos, se trata de analizar los nuevos conceptos de lo humano, las nuevas figuras de la autoconciencia humana, que ellos configuran.

En esta breve comunicación trataré de explorar, partiendo de las reflexiones de autores como C. S. Lewis, Haraway y P. Ricoeur, las nuevas configuraciones de lo humano, centrándome principalmente en los desafíos a los que la bioética actual debe enfrentarse.

Ernesto Martín Reche
Universidad de Málaga

Es cierto que el afán del ser humano por superar sus propias limitaciones no es nuevo, podríamos hablar de ejemplos tan claros como el deseo de volar o el afán por vivir más y mejor, retos a los que, desde antiguo, el hombre se ha enfrentado para salir más o menos victorioso.

Este afán es el que nos ha permitido avanzar hasta el punto en el que ahora nos encontramos. Un punto en el que la ciencia y la técnica han entrado de lleno en explorar, y explotar, las posibilidades del cuerpo humano. Ante la dualidad cartesiana entre ubicar la verdadera esencia de la persona en el cuerpo o en la mente, la ciencia moderna se inclina por la mente. Pero sosteniendo una mente en sentido plenamente materialista. Naief Yehya, gran observador de la influencia de la tecnología sobre el individuo comenta: “los datos científicos se inclinan de manera abrumadora hacia la tesis materialista, y en centenares de experimentos se ha demostrado que la memoria, los humores, el gusto, el placer, el dolor, el apetito y otras funciones de la mente pueden ser localizados en lugares específicos del cerebro”¹

Esto es, ante la disyuntiva de asignar la dignidad humana al cuerpo o a la mente (o al conjunto), en la actualidad, una amplia mayoría considera a la mente como el

¹ Naief Yehya. El cuerpo transformado. Ed. Paidós. México, 2001.

reducto último de la esencia humana y la mente es reducida generalmente al cerebro, y en menos ocasiones al conjunto del sistema nervioso. Este reduccionismo deja por tanto a un lado el resto de nuestro cuerpo, como si de una carcasa se tratase, cuya única función es la de almacenar y servir de herramienta al cerebro, núcleo fundamental de la persona. Así pues el dualismo cartesiano es el fundamento último sobre el que se ha ido construyendo la visión imperante del cuerpo como objeto.

También cabe decir que los avances tecnológicos han hecho mucho más fácil, que no mejor, nuestras vidas, especialmente desde el siglo pasado. Gracias al enfoque científico tenemos vehículos, aunque estos no sean todo lo ecológicos que quisiéramos, tenemos mejores medios de comunicación y podemos manipular el entorno a nuestro antojo. Ahora bien, cuando este increíble potencial se aplica al estudio y manipulación del cuerpo humano nos encontramos con diversos interrogantes que exigen una respuesta.

El cuerpo humano, algo que nos aparece como inmediato y que forma parte constitutiva de nosotros mismos, bajo el microscopio de la ciencia pierde cualquier status o privilegio para quedar reducido a un puñado de carbono, o a un nivel más básico, a una secuencia de ADN susceptible de ser codificado e, in extremis, manipulado a nuestro antojo, de la misma manera que puede ser manipulado cualquier elemento que nos rodea. Esto se debe a la visión propia de la ciencia. La propia metodología científica está diseñada para reducir lo estudiado a las partes constitutivas, estudiarlas por separado y comprender de esta forma su funcionamiento. Sin embargo el “bisturí” científico carece de la visión de conjunto que nos muestra las cosas con el valor que poseen. Para la biología yo tengo un cuerpo que está compuesto de órganos, estos de células y así sucesivamente. Cuando un biólogo o un médico observa a una persona, pongamos por caso, para hacer un diagnóstico, no necesita conocer realmente con quien esta hablando, le basta con poder estudiar el cuerpo que tiene ante sí. La persona queda relegada a una autoconciencia de sí que se sabe a lo largo del tiempo, distinta del “envoltorio” que es su cuerpo. Desde este punto de vista mi identidad reside en lo que sé de mí a lo largo del tiempo y en ser consciente de ello, pero eso en nada tiene que ver con que sea alto o bajo, rubio o moreno. Pero entonces ¿la persona es esa autoconciencia independientemente del cuerpo? Y si es así ¿podemos manipular el cuerpo sin consecuencia alguna para el sujeto?

Cuando se manipula el cuerpo mediante la tecnología pasamos del hombre al “Cyborg”. En la actualidad cuando se menciona el término “Cyborg”, es inevitable asociarlo a las imágenes que la ciencia ficción, tanto en el cine como en la literatura o los comics, nos ha inculcado. Personajes como el protagonista de Robocop o los replicantes de Blade Runner ponen rostro al sueño, o la pesadilla, según se mire, del “hombre mejorado”, que es como definió Manfred E. Clyves en mil novecientos sesenta el término “Cyborg”.

Sin embargo sin entrar aun en el campo de la ciencia-ficción podemos acudir a autores como Haraway, defensora de la evolución del hombre al cyborg, que define lo que define como una imagen que condensa elementos de la imaginación y de la realidad material, y que es capaz de determinar cualquier posibilidad de transformación histórica. En otras palabras, un hombre que se hace a sí mismo (de forma literal) y que “maneja” (o quizá deberíamos decir manipula) su propio destino, mediante la reinención de su cuerpo. En palabras de Haraway “el mundo cyborg puede estar

formado por realidades sociales y corporales, en las que la gente no tenga miedo de reconocer sus vínculos de parentesco con los animales y las máquinas, donde no tenga miedo de las identidades permanentes parciales y los puntos de vista contradictorios”.

Hay autores² que defienden que la tecnología es el siguiente paso lógico en el camino evolutivo de la humanidad. Esta es una afirmación que, a grandes rasgos, podríamos llegar a aceptar sin demasiados inconvenientes. De esta forma sería el propio hombre, como afirma Moravec o Minsky el que se encargaría, racionalmente, de la evolución de sí mismo poniendo su propia naturaleza a su disposición. Pero si aceptamos esto entonces ciertamente deberíamos plantearnos si el camino del hombre está encauzado hacia la eugenesia y la “cyborgización”, la cuestión es si este camino es realmente deseable, o sencillamente, el mejor camino para la evolución del hombre.

Como ya he mencionado antes, la idea de superar los límites del ser humano es muy antigua, aunque la posibilidad real de cambiar al propio hombre no ha aparecido hasta hace relativamente poco tiempo, cuando los avances médicos y científicos empiezan a descubrir lo “maleable” que es el cuerpo humano. Si bien es cierto que la “posibilidad técnica” no aparece hasta nuestros días la idea de mejorar el cuerpo humano es un tema redundante de la modernidad, y la sombra del monstruo de Frankenstein se alarga hasta los modernos laboratorios de biogenética.

Algunos autores como Haraway o Moravec publican a los cuatro vientos que el concepto de hombre que poseemos en la actualidad está obsoleto y que nosotros ya somos, en gran medida cyborgs, aunque modelos un tanto toscos y primitivos. Y ciertamente es difícil no suscribir estas, de entrada ridículas, ideas cuando al mirar a nuestro alrededor nos encontramos con clínicas de cirugía estética, donde nuestra apariencia y cuerpo es moldeado según los cambiantes patrones de la moda, o al ver inventos tan fundamentales para la subsistencia humana como las vacunas.

¿Somos pues cyborgs, como proclaman algunos? ¿Hemos dejado de ser humanos para recorrer el camino hacia el hombre artificial?

Probablemente estas preguntas parecerán, en un principio, algo descabelladas y cualquier persona sensata de nuestro tiempo contestaría negativamente a ambas. No obstante es interesante observar que cada día se hace más atractiva la idea de “mejorar” al ser humano, hacernos más resistente a las enfermedades no nos parece, de ninguna manera, una idea aborrecible y suplir aquellas deficiencias que, por naturaleza o por accidente, impiden llevar una vida normal es una actividad totalmente loable. Sin embargo el debate abierto actualmente sobre la clonación humana o ante la eugenesia denotan que no todos los niveles de manipulación son tolerables. La cuestión entonces es: ¿dónde está el límite entre lo deseable y la deshumanización?

Para entender mejor esta cuestión deberemos volver al dualismo cartesiano “al fantasma dentro de la máquina”, empleando palabras de Ryle. Una cuestión que se ha debatido desde el inicio de la modernidad y que de una manera u otra ha sido abordada por gran parte de los filósofos modernos y postmodernos, ¿qué es la persona y cual es la identidad personal?

² Moravec, Hans, *Mind Children. The future of robot and human intelligence*. Cambridge: Harvard University Press, 1995

En primer lugar debemos tener en cuenta que el ser humano es un cuerpo, ocupa un espacio físico y está sujeto a las leyes físicas, pero, además, ese cuerpo es, entre otras cosas, nuestra “exterioridad”, la forma en que nos relacionamos con el otro, con el mundo que nos rodea.

Recurriendo al concepto de autointerpretación humana³ podemos argumentar que el hombre es un ser que necesita buscar su lugar en el mundo, necesita narrarse, como defendería Ricoeur. El autor francés apunta a que el hombre actual se define a sí mismo dentro de parámetros narrativos. Esto es, yo soy la historia que fabrico de mí mismo, marcada, por supuesto, por mi entorno (amigos, familiares, conocidos, etc...) y delimitada por el cuerpo que soy.⁴

Dicho de otra forma. Yo soy, a la vez autor y personaje de mi historia, que está más o menos influida por aquellos que me rodean y cuyo punto de conexión en el tiempo es el cuerpo en el que me hallo circunscrito.

Este cuerpo es a la vez punto de referencia de mis relaciones y punto de unión entre las diversas historias que me cuento sobre mí mismo a lo largo del tiempo.

Cuando nos narramos a nosotros mismos hacemos las veces de personaje y autor lo cual nos sitúa en una constante reinterpretación.

Ahora bien, esta narración crea una imagen de nosotros mismos que influye en las reinterpretaciones siguientes. Es el proceso que Ricoeur denomina refiguración narrativa práctica y que podríamos resumir en que es el producto de la dinámica entre la historia pública y la historia privada que nos narramos (y nos narran).

Empleando un ejemplo simplista. Si soy un atleta de élite y tanto mi entorno como mis capacidades fomentan esta situación yo me narro como tal atleta. Dicha imagen se irá cimentando y si logro alcanzar, cada vez, mayores progresos en mi carrera reforzaré dicha imagen de atleta, no sólo ante la gente que me rodea sino también ante mí mismo. Si por el contrario fracaso en mis metas me forjaré una imagen de fracasado. En cualquier caso la narración que me vaya contando sobre mí mismo influirá en la siguiente reinterpretación y así me veré cada vez ligeramente distinto de la vez anterior.

Ahora bien, la pregunta que me gustaría plantear es: ¿Y si sufriese un accidente y no pudiese volver a realizar el deporte con el que me había estado interpretando a lo largo de mi vida?

Desde luego es innegable que nuestro cuerpo influye de manera decisiva en la imagen que tenemos de nosotros mismos.

Cuando un adolescente descontento entra en la consulta de un cirujano plástico para que ajuste su cuerpo al canon de belleza imperante lo hace, generalmente, por que ese cambio le permitirá modificar, hasta cierto punto, la imagen que tiene de sí mismo, le permitirá contarse de otra forma. El rostro que vemos cada día mirándonos desde el espejo es fundamental para entender quienes somos. El cuerpo no es sólo nuestro anclaje a lo largo del tiempo, es también parte integrante de la historia que forjo sobre mí mismo. Por que esa historia no sería la misma si en lugar de ser de media estatura fuese alto o bajo, o si en lugar de ser hombre fuese mujer. Aunque parezca un mero recipiente accidental nuestro cuerpo interviene de manera activa en la refiguración de nuestra personalidad, en mí mismo.

³ Vicente Arregui, Jorge. Corporalidad vivida

⁴ Ricoeur, Paul, Sí mismo como otro.

Pero entonces, si hacemos cualquier cambio en nuestro cuerpo ¿nos cambia sustancialmente a nosotros mismos? La respuesta a tal pregunta debe ser tratada con detenimiento, ya que debemos entrar en otra cuestión de suma importancia, esto es, la diferencia entre suplir una carencia para obtener una vida aceptable frente a mejorar el cuerpo para alterar la forma de vida llevada hasta ese momento.

Mi intención es mostrar que mientras la primera forma de manipulación del ser humano es beneficiosa para éste sin cambiar excesivamente al propio hombre, la segunda altera radicalmente la refiguración del hombre y por tanto a sí mismo.

Si inyecto una serie de anticuerpos en mi brazo, por tomar un ejemplo sencillo, no parece que este hecho tenga, normalmente, una incidencia considerable en la historia que cuento sobre mí mismo. Aunque es cierto que desde ese momento soy mucho más resistente a ciertas enfermedades.

Esto se debe a que, aunque variamos la naturaleza de nuestro organismo no estamos transgrediendo sus posibilidades. El cuerpo humano tiene la capacidad de aprender a defenderse cuando se le aplica la dosis adecuada de un virus.

Si, por el contrario, la variación que se produce en mi organismo viene acompañada de una mejora en mi fuerza física más allá de los límites humanos, por ejemplo, a partir de ese momento mi representación cambiará drásticamente. Desde ese momento seré, para mí y para los que me rodean, “el más fuerte”. O, sin llegar a ejemplos extremos, si sencillamente cambio mis ojos de color, algo muy habitual hoy en día, la representación que tengo de mí mismo cambia, aunque no sea drásticamente. Ahora ya puedo, por ejemplo sentirme más atractivo o sencillamente relacionarme con personas que antes creía que no estaban a mi alcance. La cirugía estética siempre es un buen ejemplo y se han dado numerosos casos en los que al cambiar el rostro de una persona su personalidad cambiaba de forma drástica, ya que empezaba a “actuar” como si fuese un “nuevo yo”.

Yehya diría que un hombre así encaja en los héroes de ficción modernos que estamos acostumbrados a ver en comics y, hoy día, en las pantallas del cine. Personajes de ficción como Spiderman, Hulk o el hombre de hierro son ejemplos narrativos del hombre que ha roto los límites de lo humano. “los cyborgs han logrado conquistar por lo menos un aspecto de lo que percibimos como limitaciones físicas, sensoriales y a veces intelectuales de los simples mortales”⁵ dice Yehya. “El cyborg [...] es en general un personaje que ha perdido parte de su “humanidad” pero a cambio ha obtenido algún poder sobrehumano”⁶

Sin embargo Imaginar que somos cyborgs y serlos son dos cuestiones totalmente diferentes. El ser humano, en su conjunto, posee una potencialidad que difícilmente puede superarse.

C.S. Lewis aporta una visión bastante clara sobre estas cuestiones, “mejorar” al hombre, es decir alterarlo, desde el propio hombre es como tratar de saltar sobre sí mismos. No se puede afirmar que la perspectiva actual sea la adecuada, de la misma manera que no hay forma de saber si lo que actualmente se denomina “progreso” es una mejora respecto a la situación anterior. Nadie posee los criterios morales correctos para enjuiciar la situación actual y por consiguiente no es posible hipotecar el futuro del

⁵ Naief Yehya. El cuerpo transformado. Ed. Paidós. México 2001

⁶ Naief Yehya. El cuerpo transformado. Ed. Paidós. México 2001

hombre en pro de un supuesto superhombre. La ciencia no está en condiciones de valorar de forma absoluta cual es el mejor destino que debe imponerse a la especie humana al cambiar algo tan íntimo como es el ADN.

Además al instrumentalizar el cuerpo humano, Lewis defiende que lo que realmente ocurre es el poder de unos pocos (los tecnólogos) sobre el resto de la especie humana, el poder de unos pocos hombres sobre sus semejantes y las generaciones venideras.

A este respecto cada generación ejercita un poder sobre sus sucesores en la medida en que modifica el propio cuerpo ya que estas modificaciones se legan a nuestros descendientes. Pero no es esta la crítica fundamental que en la obra “La abolición del hombre” quiere transmitir Lewis, sino otro aspecto, que también ejerce, de manera mucho más directa, este poder. Me estoy refiriendo a la eugenesia, manipular al ser humano antes del nacimiento. Esta técnica, cada vez más empleada, es una forma de control de la actual generación sobre las venideras.

Debido a la visión parcial que posee la ciencia, manipular las capacidades del hombre puede redundar en un empobrecimiento del ser humano. Obtener algunas capacidades especiales a corto plazo puede significar perder la adaptabilidad inherente al hombre. Si dotamos al hombre de alas, dice Lewis, estaremos condenándole a vivir en el cielo.

La cuestión de fondo es por tanto, cual es el objetivo de crear algo más allá del hombre actual. Dicho de otra forma: “¿Ese nuevo hombre es algo superior o sencillamente algo tan infrahumano que ya ni siquiera podemos calificarlo como hombre?”. Es decir, cuando modificamos al ser humano y sesgamos su capacidad de adaptación y su versatilidad en pro de una “mejora” a corto plazo... ¿Podemos denominar ser humano a esta nueva especie? ¿De dónde proceden los parámetros bajo los cuales avanzamos hacia una mejora del hombre? La respuesta a esta pregunta no es, desde luego, el cyborg, sino transformar el actual concepto de hombre para poder entenderlo un conjunto equilibrado que necesita de todas sus partes para ser humano.

La escena que voy a narrar a modo de conclusión pertenece a Frankenstein, de Mary Shelley, sin embargo, me gustaría hacer notar que, salvando algunos detalles, es una narración que muy bien podría describir un moderno experimento de clonación humana o el intento de crear al nuevo hombre, el cyborg que he mencionado a lo largo de mi exposición

“Una siniestra noche del mes de noviembre, pude por fin contemplar el resultado de mis fatigosas tareas. Con una ansiedad casi agónica, coloqué al alcance de mi mano el instrumental que iba a permitirme encender el brillo de la vida en la forma inerte que yacía a mis pies⁷. Era la una de la madrugada, la lluvia repiqueteaba lúgubre mente en las calles y la vela que iluminaba la estancia se había consumido casi por completo. De pronto, al tenebroso fulgor de la llama mortecina, observé cómo la criatura entreabría sus ojos ambarinos y desvaídos. Respiró profundamente y sus miembros se movieron convulsos.

¿Cómo podría transmitirle la emoción que sentí ante aquella catástrofe o hallar frases que describan el repugnante engendro que, al precio de tantos esfuerzos y

⁷ En el original ponía planta.

trabajos, había creado? Sus miembros estaban, es cierto, bien proporcionados y había intentado que sus rasgos no carecieran de cierta belleza. ¡Belleza! ¡Dios del cielo! Su piel amarillenta apenas cubría la red de músculos y vasos sanguíneos. Su cabello era largo y sedoso, sus dientes muy blancos, pero todo ello no lograba más que realzar el horror de los ojos vidriosos, cuyo color podía confundirse con el de las pálidas órbitas en las que estaban profundamente hundidos, lo que contrastaba con la arrugada piel del rostro y la rectilínea boca de negruzcos labios.

Aunque muy numerosas, las alteraciones de la existencia son menos apreciables que las de los sentimientos humanos. A lo largo de dos años había trabajado encarnizadamente con el solo objeto de otorgar la vida a un organismo inanimado. Para lograrlo me había privado del necesario descanso, puesto en serio peligro mi salud, sin que ninguna moderación pudiera apaciguar mi fervor. Y, sin embargo, cuando mi obra estaba ya lista, mi sueño perdía todo atractivo y una repulsión invencible se apoderaba de mí.”⁸

Ernesto Martín Reche
Universidad de Málaga

⁸ Mary W. Shelley. Frankenstein, Ediciones B. Barcelona 1991